



## El libro traducido: Práctica profesional para traductores. Ponencia de Elena Marengo

### LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DEL TRADUCTOR

Las entidades que convocan estas jornadas, la Cámara del Libro y TYP A, tienen la intención de acercar a traductores y editoriales para que nos conozcamos mutuamente y nos enteremos de cómo es nuestro trabajo, cómo se edita un libro y cuáles son las dificultades actuales en los diversos “oficios” que entraña la edición de un libro. La convocatoria tuvo su origen en la inquietud de algunos editores frente a la “escasez” que ellos percibían de traductores competentes en temas de humanidades (ciencias sociales, políticas, filosofía, etc.).

Voy a pedir disculpas a los editores y a los traductores con experiencia por encarar esta primera parte de la exposición diciendo cosas archisabidas, pero esta charla está dirigida también a los que recién se inician en el oficio y a los que ahora por primera vez quieren dedicarse a traducir libros de estos campos del conocimiento. Voy a empezar, entonces, hablando de los trabajos del traductor, pero también de la estimulante experiencia de lanzarse a este tipo de traducciones, que implican siempre aventura intelectual y jamás aburren.

En vista de las inquietudes editoriales, la primera pregunta que me planteo, entonces, es ¿por qué hay —si es que la hay— escasez de traductores idóneos en estas disciplinas? ¿Acaso la traducción de textos de las humanidades es distinta? ¿Acaso exige competencias específicas? Entiendo que sí. Y voy a explicar por qué haciendo para los jóvenes una reseña a vuelo de pájaro de las competencias que se requieren.

En primerísimo lugar, la traducción de estos textos reclama una disposición del ánimo, una vocación especial por parte del traductor: un interés genuino por la historia de las ideas y de la cultura, con todas sus dificultades y matices, y una actualización permanente sobre su desarrollo. Todo traductor es, en mayor o menor medida, un transmisor de cultura, pero el traductor de textos de humanidades está situado en el centro del debate histórico, disciplinar, cultural e ideológico de su época. No lo mueven los mismos intereses profesionales que al traductor de textos técnicos, que al que se orienta exclusivamente hacia problemas lingüísticos, ni siquiera coinciden sus inclinaciones con las del

traductor literario. El traductor que nos interesa aquí es una persona que tiene curiosidad por las ideas, tal vez pasión por ellas, y que se plantea su quehacer como una participación humilde en el bullir del pensamiento transmitiéndolo en otra lengua.

Hay, por consiguiente, una doble articulación de su tarea, con las lenguas, por un lado, y con el pensamiento, por el otro, que impone características muy específicas a su labor. La primera es que debe ser un excelente lector, es decir, una persona capaz de hacer una lectura reflexiva y analítica de textos extensos y complejos conceptualmente para arribar a una comprensión cabal. Traducir bien en este campo, comprender plenamente y leer con criterio van de la mano aunque, desde luego, con leer y comprender no basta: son condiciones necesarias pero no suficientes. Sin embargo, ya en el leer se nos presentan algunas cuestiones fundamentales, que paso a enumerar.

En primer lugar, el tipo de lectura que exigen los textos de humanidades no es una lectura cuyo fin sea la mera recuperación de información. Es una lectura reflexiva —mucho más lenta, desde ya— que requiere la construcción de complejas redes conceptuales. Implícitamente, hay varias condiciones que debe cumplir el buen lector en estas disciplinas y que voy a describir primero en general y luego algo más pormenorizadamente:

debe conocer con precisión distintos sistemas conceptuales y situarlos en las condiciones histórico-sociales que les dieron origen; tiene que establecer relaciones entre ellos y, además, descubrir las relaciones que hay entre ellos y el texto concreto que está encarando; debe tener en cuenta el “diálogo” implícito del texto con otros textos del mismo campo disciplinar o de otros; debe ser capaz de interpretar los textos, valorarlos y explicarlos.

Como se ve de inmediato, no se trata de una lectura pasiva, de un mero absorber datos. Se trata de una lectura eminentemente activa que obliga a hacer inferencias, plantear hipótesis y arriesgar

interpretaciones. Nada hay en ella de una actitud meramente receptiva pues el lector debe también reponer lo que el texto no dice en forma explícita, lo que insinúa y da a entender, recurriendo para ello a todo su bagaje cultural.

Tratemos ahora de ahondar en esta manera reflexiva de leer, imprescindible para el traductor, a fin de bosquejar por lo menos algunas de las operaciones cognitivas que exige.

Hay que interpretar el significado del enunciado en su situación de enunciación. Por ejemplo, no es lo mismo encontrar la contraposición “civilización y barbarie” en un texto escrito en 1845 que encontrarla en un discurso político de la actualidad. No es posible comprender cabalmente un enunciado si no se advierten sus relaciones (explícitas o no) con otros enunciados. Como dije antes todo texto implica, en buena medida, un diálogo con otros textos del mismo autor o ajenos. Los autores los suponen conocidos, se apoyan en ellos o los refutan (muchas veces en forma implícita). En otras palabras, en todo texto “resuenan” siempre otras voces además de la del autor, introducidas a veces mediante cita directa o en estilo indirecto, pero también (lo que plantea otras dificultades) aludidas apenas mediante diversos mecanismos (negación, ironía, preguntas retóricas, parodias, valorización mediante el tono, que puede ser condescendiente, burlón, apologético o directamente descalificador o injurioso, como ocurre tantas veces en Borges). Todos estos recursos son procedimientos a veces inconscientes en el autor para manipular la palabra ajena, y a todos hay a-tender para en-tender. Es necesario entrenarse para “escuchar” todas las voces que el texto hace resonar. Pero, ¡qué placer cuando sabe escucharlas!, como cuando uno aprende a distinguir las voces en el contrapunto musical.

Por otro lado, el buen lector/traductor debe consultar las fuentes necesarias para encarar el tema. Y si son fuentes conocidas ya por él, tiene que refrescarlas.

Es necesario también tener en cuenta los elementos paratextuales, “todo lo que está alrededor del texto”. Daré algunos ejemplos triviales: solapas de los libros, ilustraciones, prefacios, apéndices, bibliografía, etc. Son todos elementos que permiten situar el texto y anticiparse a él formulando hipótesis que luego se corroboran o se descartan. El paratexto permite muchas veces hacer inferencias sobre el contexto de producción. Por otro lado, es imprescindible tener entrenamiento en los géneros discursivos propios y característicos de cada disciplina (ensayos, artículos para revistas especializadas, tratados, ponencias, etc.). Entrenamiento diría yo para “decodificar” las estrategias de exposición y argumentación más habituales en la disciplina en cuestión. En particular, dentro de las grandes divisiones que implican un modo de construcción del enunciador y del enunciatario (descriptivo-narrativa, expositivo-explicativa, argumentativa, etc.), es importante saber y advertir que no por “neutral” en su presentación un texto es menos ideológico que otro argumentativo.

También es necesario tener presente que en los textos argumentativos los autores muchas veces ni siquiera nombran al oponente, pero el buen lector —y el traductor, desde luego— está obligado a identificarlo. Pues si el texto plantea, como es de rigor en la argumentación, hipótesis, argumentos a favor, argumentos en contra y refutación de los contraargumentos, importa para la buena comprensión (e incluso para valorar posibles distorsiones) identificar a los autores y/o corrientes de pensamiento responsables de los contraargumentos que el autor refuta.

Por último, pero no por eso menos importante, sobre todo para los que recién se inician, los conceptos. En estas disciplinas los conceptos se suelen verter con palabras comunes, palabras de uso cotidiano, pero utilizadas con un significado específico y preciso, no ya de cada disciplina sino, muchas veces, de cada autor. (Pensemos por ejemplo, en el “ser” en filosofía, o en el concepto (y la palabra) “sociedad”, que Weber —fundador de la sociología en Alemania— se negaba casi a usar pero que es el fundamento del pensamiento de Durkheim, fundador de la sociología en Francia.) Entra a tallar aquí toda la historia del pensamiento, y el traductor no la puede soslayar. En estas disciplinas, hay que haber leído para poder traducir sin cometer desatinos: no basta con agenciarse un glosario de “términos técnicos”. Me parece que éste es uno de los obstáculos más difíciles de sortear para el traductor que recién se inicia y, desde luego, el que más tiempo de estudio exige. Pero también es el que brinda un panorama más rico, el que más puede entusiasmarlo y el que le permite lanzarse hacia otros mundos.

Habiendo pasado reseña así para los principiantes, con trazos muy burdos, a algunas características imprescindibles del traductor, quiero dejar planteadas dos preguntas para el debate:

La primera está dirigida a los editores. Si han tenido —según parece— alguna experiencia negativa con traductores, ¿a fallas en cuál de estas competencias las atribuirían?, si es que corresponden a alguna de ellas.

A todos en general y muy especialmente a los jóvenes: ¿cómo creen que podemos ayudarlos a formarse para adquirir estas competencias?

Prosiguiendo con los trabajos, voy a seguir con temas mucho más concretos, más “terrestres”, conocidos por muchos aunque tal vez no por los recién recibidos. Me refiero a las condiciones “contractuales” por así decirlo pues muchas editoriales no firman contrato con el traductor.

Primero y principal: en la Argentina el traductor “vende” su traducción a una empresa, cobra por su trabajo una única vez y cede todos los derechos de propiedad intelectual correspondientes a ediciones posteriores, adaptaciones y versiones en otros soportes.

Segundo: volumen promedio de los trabajos. En promedio, el libro de estos temas tiene unas 300 páginas, 100.000 palabras en total. Excepcionalmente habrá alguno de 60 ó 70.000

palabras y unos cuantos de de 150-200.000 más o menos.

La traducción se hace en procesador de textos, de acuerdo con los formatos y criterios establecidos por la editorial (cuando los hay) y se entregan por correo electrónico o en diskette. Algunas editoriales piden también una copia impresa, bastante costosa en estos días.

Los plazos son negociables hasta cierto punto, pero dependen de cuán aceitadas sean las relaciones entre el traductor y la empresa. Desde luego, se trata de una negociación asimétrica porque las editoriales son empresas para las cuales, por mucha devoción que tengan por la cultura, el libro en cuestión es un producto más de los muchos que comercializa. Por otra parte, como toda empresa, tienen asesores contables y abogados. El traductor, en cambio, tiene un único producto para vender, su trabajo. En particular, no son negociables los plazos en el caso de que la casa matriz de la editorial haya establecido una fecha de publicación simultánea de la obra en varios idiomas (lanzamiento del producto al mercado). En esos casos, las editoriales imitan a Poncio Pilatos: ponen la fecha y, si el incauto traductor la acepta por audacia, confusión o necesidad, no indagan cómo se las arregla para cumplirla (por ejemplo, no se preocupan por si hay tercerización e, incluso, a veces, la sugieren

Por lo general, para un libro tipo de 300 páginas y 100.000 palabras, el traductor puede obtener un plazo de 3 (tres) meses calendario.

Veamos un poco qué significan tres meses para este volumen de traducción y este tipo de textos. Hagamos algunas cuentas. Tres meses son noventa (90) días calendario y 66 días hábiles, si no se pretende que el traductor trabaje también los fines de semana. De esos 66 día hay que descontar 10 ó 15 para la revisión final si el traductor es consciente pues la revisión, además de otras cuestiones particulares de cada caso, implica necesariamente cotejar línea por línea la versión traducido con el original para garantizar por lo menos la integridad del texto, para que no haya "saltos", como se dice en la jerga. Esta operación puede acelerarse si uno cuenta con alguna "víctima" (por lo general de la familia) dispuesta a leer en voz alta el original o la versión en castellano mientras uno sigue la versión en la otra lengua, y a hacerlo gratis. Quien no tiene esclavos, se queda entonces con unos 50 días más o menos para traducir.

¿Qué ritmo de trabajo diario implica este volumen repartido en 50 días? La cuenta es sencilla: unas 2000 palabras por día. ¡Pan comido!, dirán los traductores con experiencia. Pero no es tan así: traducir 2000 palabras por día en promedio compromete el 60 ó el 70% de la capacidad de traducción diaria de un traductor responsable, que yo calculo en unas 3500 palabras por día. Quien diga que puede traducir más manteniendo el ritmo durante tres meses, o está hablando de otro tipo de traducciones, más mecánicas, o nunca ha manejado estos volúmenes.

Aranceles. Consideraré que el arancel promedio en Argentina en estos momentos es e \$40/1000 palabras (es una estimación algo sesgada hacia arriba porque, en realidad, los aranceles son variados, aunque el 80% por ciento de las

editoriales se mueven dentro de la franja 30-40 pesos por millar de palabras. (Pido a los editores que me corrijan si estoy equivocada.)

Relación tiempo/ beneficio para el traductor: teniendo en cuenta este arancel promedio, la suma que el traductor cobrará por la traducción del libro será de \$4000 (cuatro mil pesos).

Se entiende entonces que muchos traductores con experiencia sólo se dediquen a la traducción en los intersticios que les dejan las actividades que les permiten parar la olla y que lo hagan por pura vocación, para no perder la mano. También se comprende que la inmensa mayoría de los jóvenes traductores se encamine por otras sendas, mejor remuneradas y más fáciles de transitar.

También se explica en muchos casos la baja calidad que alarma a los editores (traducciones hechas en las "horas libres", apresuramiento para poder cobrar, tercerización encubierta). La falta de jóvenes se explica más aún, pues en la etapa de la vida en que podrían iniciarse en el camino de la traducción para editoriales, no pueden materialmente hacerlo porque también deben sostener una familia.

Después de esta descripción de nuestros trabajos —o de nuestras tribulaciones—, cabe preguntar parodiando el soneto atribuido a Santa Teresa:

¿Qué nos mueve, traducción, para quererte?

No lo sé exactamente. Es evidente que no hay racionalidad en el sentido de Weber en esto aunque tal vez sí haya Beruf, vocación, amor por la profesión, amor por la aventura, rechazo al tedio y al trabajo adocenado.

## SEGUNDA PARTE

En esta segunda parte voy a abordar otros temas, menos tangibles tal vez, pero igualmente importantes que, según creo, determinan en gran medida la situación actual del traductor en Argentina, y la de las editoriales que nos convocan.

La primera de ellas es casi una declaración de principios:

### 1. El traductor es un intelectual

Me parece que no hay plena conciencia de este hecho en nuestra sociedad. Evidentemente, el editor que pretende (con bonhomía, eso sí) traducir un libro de sociología, pongamos por caso, con un aparato de notas eruditas plagadas de citas y comentarios, en un mes y medio (aunque no sea lo más frecuente, me ha ocurrido, doy fe) no tiene la más remota idea de los conocimientos y recursos que ese trabajo exige, no puede apreciar su nivel intelectual y no puede estimar el tiempo que lleva el trabajo ni su precio.

Pero tampoco hay conciencia de esta pertenencia al campo intelectual entre nosotros

mismos ni en buena parte de las instituciones que dan títulos de traductor. Si miramos algunos programas de estudio, veremos que en muchos casos se presta muy poca atención a la formación intelectual de los alumnos, como si traducir fuera una técnica lingüística. Aunque ese enfoque puede ser útil, e incluso muy productivo en algunos campos de la traducción, no basta en las disciplinas que preocupan a la Cámara del Libro. Hay un hiato entre el habitus del lenguaje y el pensamiento académico y el habitus del dominio práctico de las lenguas que se promueve en algunas instituciones (y subrayo que hablo de lenguaje del pensamiento en un caso y de lenguas en el otro). Muchas veces, ese hiato impide a los estudiantes acceder al dominio simbólico exigido por este tipo de textos.

Para decirlo de una manera muy pretenciosa pero fácilmente comprensible teniendo en cuenta las expresiones en boga: en algunos casos, las editoriales desconocen el capital cultural e intelectual que tácitamente exigen; en otros, lo conocen y reconocen de palabra pero no están dispuestas a pagarlo. Por su parte, algunas instituciones no parecen tener conciencia de que deben aportar capital cultural además de técnico a la formación de los futuros traductores, de que deben conseguir que los egresados alcancen un nivel cultural mínimo. Desde luego, la situación tiene que ver con el deterioro general de la educación en nuestro país, donde ha desaparecido casi el contacto asiduo y plural con el gran cauce del pensamiento. Por nuestra parte, nosotros, los traductores, hacemos poco y nada por reivindicar nuestra labor intelectual en medio de esta desolación.

Pero hay algo más, que tiene que ver con una actitud general de la sociedad y con las condiciones contractuales que mencioné en la primera parte. La imposición de plazos absurdos e inhumanos no sólo obra en detrimento del “producto”. Sucede algo mucho más grave: cuando uno está apremiado por la urgencia, no puede pensar. ¿Cabe traducir un texto de filosofía, de sociología, al correr del teclado, sin pensar? Sin pensar digiriendo, diría, porque “una cosa es leer un libro sentado en un sillón, de corrido, sin detenerse, y otra cosa es ararlo, palabra por palabra, terrón por terrón, como se hace al traducir”. Este comentario no es mío, sino de Primo Levi en una entrevista en la que hablaba de su traducción al italiano de *El proceso*, de Kafka.

Además de todo esto, tan teñido por cuestiones netamente económicas y sociales, como el tema de la educación, hay otros temas que es preciso subrayar, como la falta de estímulos de otra índole para el traductor.

## 2. Falta de estímulos para el traductor

La actual falta de estímulos para el traductor incumbe sin duda a las editoriales, a la relación traductor-editor y a las instituciones de enseñanza: las incumbe porque tiene consecuencias palpables en todos esos ámbitos y en el de la cultura en general. Entraña, de hecho, una falta de reconocimiento social del traductor, su relegamiento a un lugar subalterno. Querría dar algunos ejemplos

concretos de ese relegamiento, ese menos-precio del quehacer del traductor:

En muchas ediciones argentinas, el nombre del traductor figura en letras de cuerpo menor, perdido en la página relativa al copyright y demás datos de edición. En otros países, figura en cuerpo mayor, en la portada, e incluso en la tapa del libro. La tan mentada “invisibilidad” del traductor es una construcción social concreta y cotidiana que hace que su nombre y, peor aún, que su profesión pasen inadvertidos para el público en general. Y este el mejor de los casos, pues hay ediciones —incluso de sellos prestigiosos— en las cuales no figura el nombre del traductor, tal vez porque son versiones antiguas remozadas y maquilladas.

En las reseñas de libros de los suplementos literarios y culturales, excepto el de *La Nación*, jamás figura el nombre del traductor. No sé exactamente quién decide esta omisión, pero no me cabe duda de que distintas instituciones, entre ellas la Cámara del Libro, podrían adoptar una política al respecto y exigir que se consigne esa información. La Cámara también podría establecer que las gacetillas en las cuales las editoriales anuncian próximas publicaciones mencionen al traductor.

Acompañando esta omisión que podríamos atribuir a prácticas trasnochadas de los medios, en las críticas de libros casi nunca se menciona la traducción ni para alabarla ni para denostarla, situación más que sorprendente en el caso de algunas reseñas firmadas por personas que también traducen.

No existen en el país premios de traducción. Hasta hace muy poco, tampoco los había para la traducción especializada en el mundo entero de habla hispana. Ahora, existe el Panhispánico. Tal vez no sería tan difícil ni tan costoso instituir 2 premios, uno de traducción literaria y otro de traducción “especializada” (no me gusta la expresión, pero es la del Panhispánico) cada dos años para estimular a los traductores. La sugerencia vale para entidades como la Cámara del Libro, pero podría tener un paralelo en forma de concursos de traducción en las instituciones de enseñanza.

No existen en el país becas de perfeccionamiento para traductores que están dando sus primeros pasos en el mundo editorial.

A continuación voy a mencionar diversos temas muy concretos que afectan directamente nuestro trabajo.

## 3. Situaciones que dificultan el trabajo

El trabajo concreto del traductor de estas disciplinas se está volviendo cada vez más difícil porque en la actualidad la mayor parte de las editoriales sólo tienen personal administrativo o especialistas en marketing. Muchas veces, no hay en ellas personal idóneo que pueda respaldar y orientar la labor del traductor, que debe arreglárselas solo. Me refiero, desde luego, a personas como Francisco Porrúa, Fernando Lida, Enrique Pezzoni o José Luis Etcheverry, poseedoras de un bagaje inmenso que ponían al servicio de la edición y también de la

formación de los traductores. Peor aún, ni siquiera cuentan muchas editoriales con personal que colabore en las farragosas búsquedas bibliográficas que en este tipo de textos insumen muchísimo tiempo. (Debo aclarar que algunas editoriales tienen personal dedicado a estas tareas.)

Muchos problemas, errores, idas y venidas, se ahorrarían o disminuirían sensiblemente si alguien con formación suficiente echara una mirada a los libros antes de entregarlos al traductor y tratara de prever las dificultades que pueden surgir. ¿Qué se hace, por ejemplo, con una cita de Platón que me aparece traducida al inglés? ¿Se busca alguna traducción canónica al castellano? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿En qué tiempo? ¿Qué se hace con algunos términos o expresiones que pueden suscitar controversia o que no tienen equivalentes de moneda corriente en nuestra lengua? ¿Qué se hace, qué criterio se elige en el caso de términos acuñados por el autor porque son conceptos nuevos? En la mayoría de los casos, convendría que el traductor no estuviera solo para resolverlos, que pudiera discutir con algún par de la editorial estos temas.

En cuanto a las cuestiones conceptuales específicas de cada campo, ¿por qué no promover una revisión por un especialista en la materia? No creo que ningún traductor en sus cabales se oponga. Desde luego, el nombre del revisor debería figurar en los créditos, para tranquilidad de todos, incluso del editor y del traductor.

#### 4. Intercambio

Otro hecho que obra en detrimento de la calidad de los traductores es la falta de comunicación entre las editoriales y las carreras de traducción. Si las editoriales pretenden que la formación de traductores tenga claramente en cuenta sus necesidades, deberían hacer saber qué perfil de traductor necesitan y qué nivel mínimo se debería exigir en las carreras, mucho más en tiempos en que el *laissez-faire*, el libre juego del mercado, no las favorece.

Después de estos comentarios varios, vuelvo al tema inicial de esta charla, la presunta escasez de traductores competentes en estas áreas. Se me ocurren al respecto varias preguntas encadenadas (y, lamentablemente, ninguna respuesta).

Esa presunta escasez, ¿es una apreciación objetiva con respecto a la población total de traductores capacitados para estas tareas? ¿O es, en cambio, una estimación sesgada porque las editoriales “no llegan” a la población que podría cubrir sus necesidades, sea porque no pagan la labor como corresponde o porque no saben buscar colaboradores? ¿Estamos frente a un problema real de escasez de oferta idónea en el mercado laboral o ante otros problemas de mercado o de comunicación? Creo que esta pregunta es previa a cualquier otra y que deberíamos plantearla con seriedad y arbitrar los medios para llegar a una conclusión cuantificable.

Si el problema no es de escasez real sino aparente, producto de la competencia de otros tipos de traducción, ¿qué deberían hacer las editoriales?

¿dónde y cómo debería buscar a los escondidos traductores competentes que hoy se dedican a otras tareas?

Por el contrario, si el problema es real y no hay muchos traductores con el perfil adecuado para estos menesteres, independientemente de la comunicación y la retribución, tendríamos que abocarnos todos a investigar qué ocurre con la formación de nuestros jóvenes. Entre otras cosas, tendríamos que preguntarnos cómo hacer para que se interesen por este tipo de trabajo.

En cuanto a la formación misma, ¿cómo hacer para detectar a tiempo ciertas aptitudes y aportarles a los alumnos, también a tiempo, los recursos culturales que son imprescindibles?

Para terminar, quiero decir que sinceramente creo que este primer acercamiento es muy auspicioso. Estoy convencida; es más: quiero estar convencida de que los problemas, por difíciles que sean, por mucho que haya que remar contra la corriente, son resolubles cuando hay voluntad concreta de resolverlos y, sobre todo, cuando un grupo de personas los encara en conjunto, con buena fe, con afán de cooperar y dando lugar a las distintas opiniones. Tenemos aquí, pues, la semilla de un intercambio que puede ser muy rico. Cuidémosla, permitamos que crezca la planta y que de sus frutos.

A los jóvenes presentes, quiero decirles que, pese a las dificultades —también gracias a ellas— y pese a las circunstancias económicas que coyunturalmente pueden no ser buenas, elegir una profesión es asunto más grave aún que elegir pareja porque los divorcios de la profesión son más difíciles y, a veces, imposibles. Por otro lado, nadie, que yo sepa, puede transcurrir las muchísimas horas que dedicamos al trabajo si el quehacer mismo no convoca nuestros impulsos más profundos y nos da en su propio ejercicio cotidiano satisfacciones genuinas, como lo son las intelectuales.

Al cabo de muchos años haciendo esta tarea de traducir libros sobre temas que me interesan, de autores que muchas veces me permiten vislumbrar países nuevos en el abigarrado mundo de las ideas, puedo decirles esto: jamás me aburrí, jamás me arrepentí del rumbo que había emprendido.

Elena Marengo

Fuente: <http://www.typa.org.ar/es/noticia.php?id=151>